

Carta pastoral de
Mons. Bernard Genoud,
Obispo de la diócesis de Lausanne,
Ginebra y Fribourg

¡Convirtámonos!

Tercer domingo de Cuaresma C
6 – 7 de marzo de 2010

¡CONVIRTÁMONOS!

Queridos hermanos y hermanas,
diocesanos y diocesanas en camino hacia Pascua:

Qué actualidad tan sorprendente en los textos que acabamos de leer... El miedo de Moisés en presencia de Dios en la zarza ardiente que le pide, como a nosotros, una conversión. ¡Pero qué conversión: de 180 grados! Tiene que marcharse en sentido contrario: convertirse justamente y bajo las órdenes de Dios para regresar a Egipto del que había huido como un criminal conocido por haber matado a un jefe egipcio que maltrataba a un hebreo. Podrían arrestarlo nada más llegar; sin embargo, por solidaridad, por diaconía, para servir a Dios y a su pueblo: se va, no sin haber intentado varias veces eludir esta delicada misión, librarse de su vocación.

¡Pero estamos sin duda aún más sorprendidos por el Evangelio de hoy! Jesús hace referencia a dos dramas

que habían conmocionado a sus contemporáneos: la masacre de creyentes auténticos por Pilato y la caída de la torre de Siloé; hace una llamada a la conversión y nos cuenta también la parábola de la higuera para ilustrar la eficacia de la oración. Según la respuesta de Jesús ante estas tragedias, se adivina la pregunta que está en la punta de la lengua de sus discípulos: debía parecerse a la que nos hacemos a menudo en ocasiones semejantes: «¿Pero que he hecho yo a Dios para que me ocurra esto?».

¡Es la eterna pregunta del origen del sufrimiento y del mal! ¡Y pienso que, como yo, lo habéis relacionado con el derrumbamiento de las torres gemelas de Nueva York

o con el terrible Tsunami de finales de 2004 en Surasia que causó más de 170 000 víctimas! ¡Y qué más decir del terremoto espantoso de Haití y sus 217 000 víctimas contabilizadas hasta ahora!

Por cierto nadie se siente directamente responsable de estas catástrofes, cuando para tantas otras miserias económicas, sociales y humanas que vivimos en estos tiempos de crisis, sabemos muy bien que es el egoísmo y la negativa de compartir de unos que son causantes de la miseria de los otros. ¡En el caso del Tsunami, como en el drama de Haití, y esto es lo novedoso, es

quizás este sentimiento tan raro de inocencia que une a los seres humanos y provoca ese formidable impulso de generosidad que ha recorrido nuestro país y toda la comunidad internacional! ¿Estando tomando conciencia de la dimensión planetaria de la fraternidad humana? Ahora poco a poco va naciendo el sentimiento que el bienestar común sólo puede ser para todos o sino, no será para nadie.

Sin embargo, no tenemos que olvidar a los que aquí también y por algunas adversidades, están sufriendo. ¡No hay que escoger entre dos generosidades: una para aquí y la otra para allá! ¡Las dos son indisolubles si no cada una sería hipócrita siendo un pretexto para librarnos de la otra! Por ello el tema de nuestro próximo Foro diocesano al cual estáis todos invitados, versará sobre el servicio, la diaconía: *¡La Caridad en Verdad!*

En efecto, hay algo peor que el mal físico: ¡es el mal moral, el mal del mal querer, de la malevolencia, el mal libremente consentido, el mal de la violencia, del odio, de la guerra, del egoísmo humano que rechaza el compartir y siembra también la muerte! Y es aquí que vamos a arriesgarnos a la conversión de nuestro corazón: ¡En esto al menos, cada uno puede hacer algo! ¡Todos y cada uno haremos ya hoy, en el secreto de nuestra conciencia, voto de una benevolencia

incondicional, de un <bien querer> que resultará ser un <bien hacer>!

Sí, más allá de las más importantes respuestas humanas al problema del mal y del sufrimiento, hay aún y sobretodo la de la fe donde la razón, sin perder prestigio, puede confesar su impotencia y que, en confianza, se atreve como Job y los salmos interrogar al cielo: *«¡Señor, no lo entiendo, sigo sufriendo pero confío en ti!»* Entonces y ahora el sufrimiento no solo está eliminado sino que está iluminado porque el aguijón del escándalo se lo arrancan y el veneno de la revuelta queda como exorcizado. Y la respuesta de Dios sólo puede ser ésta: *«¡Sobre mi honor de Dios, te prometo que no toleraré jamás tales golpes en mi obra!... He asumido tu grito en armonía con el mío cuando he gritado mi muerte humana en la cruz pero tu victoria estaba ya incluida en la mía cuando resucitaba de la tumba»*.

En ese momento, por la fe, que tiene que estar bien consolidada y es también un don de Dios, en ese momento el <problema del mal> se convierte en <misterio del mal> en el cual la noche ya se hace menos densa a la luz de la estrella de la esperanza.

Es por eso que los textos de hoy son todos unas llamadas a la conversión del corazón, al regreso de nuestro

corazón hacia Dios, en el servicio, la diaconía de nuestros hermanos y hermanas, y es en ese sentido que preparamos nuestro Foro Diocesano para el 29 de mayo en Neuchâtel: buscaremos nuevos medios para servir mejor a nuestros hermanos y hermanas, o reforzaremos lo que ya maravillosamente

existe: visitas a enfermos o a personas aisladas, servicios caritativos con diversas formas y ¡sin duda encontraremos nuevas maneras! Necesitamos de sus ideas para llevar a cabo esta concreta reflexión sobre el tema del servicio que no está reservado a los sacerdotes, a las religiosas o a los oficialmente comprometidos con la Iglesia sino que es el deber de cualquier cristiano que pretende tener el derecho de llevar ese bello nombre.

«!Conviértanse, Conviértanse!» Desgraciadamente esta llamada de todos los grandes profetas de Israel, de Juan Bautista y particularmente hoy de Jesús, él mismo, ha perdido peso y su carácter urgente; Se hacen traducciones de inglés o de alemán en el colegio, se convierten los hectolitros en centilitros, se hacen «conversiones» esquiando. ¡Se habla incluso de «reconversiones de empresas» y hasta en nuestros ordenadores encontramos «programas de conversión»!
¡Pero nosotros: no nos convertimos!

Sí, mis queridos amigos, nunca como en estos tiempos difíciles hemos necesitado tanto a Jesús y a la Iglesia que sigue con su llamada a la conversión; y hoy, queridos hermanos y hermanas, el Señor nos pide ser los testigos, los heraldos, los mensajeros, los diáconos, los servidores de esta conversión. Porque ‘convertirse’ quiere decir «volverse». ¿Volverse hacia qué? ¿O más bien hacia quién?

¡Nada menos y nada más que hacia Dios él mismo y hacia nuestros hermanos y hermanas para ser sus servidores y entregarles el mensaje de paciencia y de amor de Dios Misericordioso manifestado por la parábola de la higuera a quién el Maestro concede otra oportunidad gracias a la intercesión del jardinero! ¡A nosotros ahora corresponde el ser también unos orantes eficaces como lo fue Moisés tantas veces para su pueblo! ¿Cómo? ¡Por ejemplo dándole vueltas al salmo de hoy y viviéndolo! La diaconía o el servicio a Dios y a nuestros hermanos y hermanas, es también una manera de vivirlo en oración, en adoración, en confianza y en alabanza:

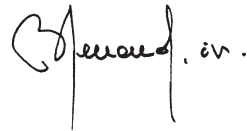
«¹ Bendice al Señor, alma mía,
y todo mi ser a su santo nombre.

² Bendice al Señor, alma mía,
no te olvides de sus beneficios.

⁸ El Señor es clemente y compasivo,
paciente y lleno de amor.» (Sal 102)

Queridos diocesanos y diocesanas:
¡Feliz camino hacia Pascua!

Vuestro Padre Obispo:

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Bernard Genoud, év.", with a stylized initial "B" and a vertical line extending downwards.

✠ Bernard Genoud
Obispo de Lausanne,
Ginebra y Fribourg

